

Vercingetorix persiguió á César. Lo único que parecía temerera que se le escapase. Le alcanzó cerca del Saona, y le dió una batalla terrible. César, para volver á animar á los suyos, se vió en el caso de arrojarle en medio del combate. El choque fue tan violento que dejó su espada en manos de los enemigos. Pero los batallones galos, llenos de terror, huyeron y se retiraron á los muros de *Alesia* (en el Auxois). Era esta una de las plazas mas fuertes de la Gália. Desde allí Vercingetorix hizo otro llamamiento á los Galos, ofreciéndose á resistir á los Romanos hasta que le enviasen socorros. A su voz doscientos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos se reunieron en la frontera eduena y marcharon para libertarle. César habia rodeado la ciudad y el campo galo con trabajos prodigiosos. « Por de pronto tres fosos, cada uno de quince pies de ancho y otro tanto de profundidad, una muralla de doce pies, ocho filas de fosos, cuyo fondo estaba erizado de estacas y cubierto con ramajes y hojas, y palizadas de cinco filas de árboles que entrelazaban sus ramas. Estas obras eran iguales por la parte del campo, y prolongadas en un circuito de quince millas. Todo esto fue terminado en menos de cinco semanas y por menos de sesenta mil hombres. »

Derrota y cautiverio de Vercingetorix (52). « Toda la Gália vino á estrellarse allí. Los esfuerzos desesperados de los sitiados reducidos á un hambre horrorosa y los de doscientos cincuenta mil Galos que atacaban á los Romanos por la parte del campo, fracasaron igualmente. Los sitiados vieron con desesperacion á sus aliados, envueltos por la caballeria de César, huir y dispersarse. Vercingetorix, conservando un alma firme en medio de la desesperacion de los suyos, se señaló y se entregó como el autor de la guerra. Montó en su caballo de batalla, se vistió con su mas rica armadura, y despues de haber dado vueltas al rededor del tribunal de César, arrojó la espada, el venablo y el casco á los piés del Romano, sin decir una sola palabra (1). » César hizo señal á

(1) Michelet, *Historia romana*, II, 306.

los lictores para que le amarrasen y le entregaran á la guarda de los soldados. Despues le hizo conducir á Roma, donde estuvo seis años en un oscuro calabozo, esperando que sirviese al triunfo de su vencedor (52).

Sumision de la Gália (51). Todavía hubo en toda la extension de la Gália sublevaciones parciales. Los Biturigos, los Carnutos y los Bellobakos no se desanimaron. Hubieran querido borrar los desastres de Alesia bajo las órdenes de sus valientes gefes; pero por todas partes la suerte hizo traicion a sus generosos esfuerzos. *Uxellodunum* (Cuercy), la última ciudad que oponia á los Romanos una seria resistencia, fue tratada con la mayor barbarie. César hizo cortar la mano á todos los prisioneros. Esta crueldad inhumana y feroz consternó á todos y nadie se atrevió ya á tomar las armas. Temiendo la Gália la cólera de César, permaneció á sus piés sin movimiento y sin vida. El vencedor no abusó mas de su victoria. Tenia necesidad de los Galos para conquistar el imperio de Roma y del mundo, y les trató con dulzura. Eximió del tributo á muchas ciudades, halagó á los ricos y á los nobles con distinciones honoríficas y alistó á los guerreros en sus legiones. Creó una de veteranos galos, y la llamó legion de la alondra (*alauda*), porque los que la componian llevaban una alondra en el casco. Estos son aquellos guerreros vigilantes que veremos destruir las lúgubres legiones de Pompeyo.

§ III. De los acontecimientos que tuvieron lugar en el imperio durante el proconsulado de César.

Estado interior de Roma antes de la expedición de Craso contra los Partos (58-54). Al salir César de Roma dejó á Clodio dueño del foro. Este ambicioso tribuno, no contento con haber desterrado á Ciceron y robado sus villas, atacó despues á Pompeyo. Trató de derogar algunas de sus ordenanzas, suscitó pleitos á sus amigos, y él mismo le señaló al pueblo como un tirano. Pompeyo se arrepintió de haber trabajado

en favor de la elevacion de aquel intrigante, y se volvió de repente contra él. Hizo volver á llamar á Ciceron por medio de Milon, quien se encontraba á su vez en posesion del tribunado. El pueblo se precipitó sobre el camino por donde habia de pasar el ilustre desterrado, y le acogió con tanto entusiasmo que llegó á Roma, llevado, como lo dijo él mismo, sobre los hombros de la Italia. Mas al entrar en su patria, ya no sentia la misma independencian, ni la misma libertad. El reconocimiento le sujetaba casi fatalmente á la suerte de Pompeyo. Así, luego que pudo presentarse en el senado, se apresuró á satisfacer su deuda para con su bienhechor, haciendo se le confiase por cinco años la intendencia de los víveres con la vigilancia de los puertos y mercados de todo el imperio. Enternecido Pompeyo por este testimonio de reconocimiento, le hizo su teniente.

No obstante Clodio habia vuelto á desempeñar su destino. Continuó sus violentas invectivas contra Pompeyo, y le prodigó injurias y afrentas. Ciceron se unió á Milon, que era un hombre de mano como Clodio, y tenia siempre á sus órdenes gladiadores y soldados. Fueron juntos al Capitolio y rompieron los actos de este fogoso tribuno. Llegó el caso de darse de golpes y violentarse, y todos estos grandes personajes no eran ya, con vergüenza del severo Caton, mas que gefes de pandilla. Pompeyo inquieto se fué con Craso á la alta Italia, para entenderse con César sobre el partido que habian de tomar. El conquistador de las Galias le aconsejó se hiciesen nombrar cónsules ~~ambos~~, y prorogarle en su mando por cinco años á fin de que pudiese concluir su conquista. De regreso á Roma, Pompeyo y Craso compraron el consulado mas bien que le pidieron, continuaron á César el proconsulado de las Galias, dispusieron como si fueran soberanos de todos los empleos, y se hicieron dar por departamentos, Pompeyo las Españas y Craso la Siria.

Expedicion de Craso contra los Partos (54-53). Craso, como César y Pompeyo, deseaba tener victorias que presentar al pueblo para que su nombre no fuese eclipsado por los de sus rivales. Al oírle, las hazañas de Lúculo contra Tigrano y las

expediciones de Pompeyo contra Mitridates no eran mas que juegos de niños comparándolas con las grandes conquistas que él meditaba. El pueblo se burló de esta loca ostentacion, y Ateyo, uno de los tribunos, aun quiso oponerse á la partida del cónsul. Craso se burló de sus imprecaciones, despreció los consejos de los reyes de Galacia y Armenia, y se arrojó atolondradamente en las llanuras de la Mesopotamia. Si al menos hubiese apresurado su marcha y precipitádose sobre las ciudades de Babilonia y Seleucia, hubiera asustado al rey de los Partos, y su actividad habria confundido á los enemigos. Pero en la primera campaña se contentó con tomar la ciudad de Zedonocia en Mesopotamia, y hacerse llamar *imperator*, sobrenombre ridículo por tan pequeña hazaña.

En la campaña siguiente, cuando pasó el Eufrates, los Partos, bajo las órdenes de Surena, su valiente general, se presentaron con un poderoso ejército, y se divertieron en tender toda clase de lazos á su imprevision. Habiéndole aconsejado su pérfido guía, el bárbaro Ariamno, abandonase las orillas del rio, le descaminó en desiertos inmensos, donde no se encontraban ni árboles ni fuentes. Las legiones, muy cansadas, se vieron de repente envueltas por la caballería ligera de Surena y sus hábiles arqueros. Antes del combate los Partos tocaron sus instrumentos, é hicieron salir de ellos un ruido sordo y doloroso, semejante á los mugidos de las bestias feroces y á los estampidos del trueno. Los Romanos, amedrentados, fueron al momento abrumados por una infinidad de flechas y dardos, cuya fuerza y rapidez rompian todo cuanto les hacia resistencia. Lo que era mas terrible para los Romanos, es que no podian alcanzar á aquellos enemigos que huian á rienda suelta despues de haber arrojado sus flechas. Habiendo querido el jóven Craso avanzar con la caballería fue hecho prisionero. Su padre comprometió el resto del ejército yendo á su socorro.

No obstante, el desgraciado cónsul se habia escapado del combate con algunos batallones, y vino á colocarse sobre una pequeña montaña. Surena se aproximó y le propuso una

entrevista. Craso, al ver á este bárbaro, cuya cara estaba pintada al uso de los Medos, y los cabellos hábilmente trenzados sobre la frente, desconfió. El que disimulaba bajo esta traza de molice el mayor valor. ¿no podía también bajo sus demostraciones amigables ocultar designios pérfidos? Estaba decidido á rehusar toda entrevista, mas sus soldados le obligaron á aceptarla. El hecho probó que sus desconfianzas eran muy fundadas. Apenas se encontró en presencia de los bárbaros cuando le atacaron y le mataron. Casio, teniente de Craso, no tuvo mas que el tiempo necesario para volver á Siria, y organizar allí un sistema de defensa para rechazar á los Partos que se disponían á invadirla.

Nuevos desórdenes en Roma (51-52). Mientras que Craso moría en el país de los Partos, Pompeyo abandonaba á sus tenientes el cuidado de su provincia y de sus ejércitos. En cuanto á él, pasaba el tiempo en pasearse con su mujer en sus mas bellas casas de campo, esperando que el pueblo, cansado y disgustado, le ofreciese el imperio. Ciceron empleaba todos los medios para consolidar su fortuna personal; adulaba á Pompeyo y escribía versos en honor de César. Caton pronunciaba todavía los nombres de república y de libertad, pero no comprendía de ningún modo su época. Sus ideas como sus virtudes estóicas no eran sino un ridículo anacronismo. Todo habia llegado á ser venal. Milon pretendía el consulado, y continuaba sus ataques contra Clodio. Habiéndose encontrado estos dos implacables adversarios en la vía Apiana, sus tropas se batieron. Clodio, vencido, fue perseguido por Milon hasta una posada en la que le mataron. Caton, asustado de esta anarquía y temiendo por otra parte el despotismo de César, exclamó en pleno senado: *Mas vale elegirse un dueño que dejarse imponer un tirano*. É hizo que Pompeyo fuese nombrado cónsul único con poder absoluto (52).

Debilidad de Pompeyo. Pompeyo era muy poco digno de esta confianza. En lugar de curar á la sociedad que le habia elegido por su médico, se le veia, dice Plutarco, coronado de flores, hacer sacrificios y celebrar sus bodas con la jóven Cornelia, hija de Metelo Scipion. A la verdad, promulgó leyes

contra la venta de empleos y la violencia, y desterró á Milon, asesino de Clodio (1); pero al mismo tiempo tomaba la defensa de su suegro, permitía absolver en juicio á los hombres mas perversos, y parecia encargarse de contradecir todas aquellas leyes reformadoras por medio de acciones infamatorias.

Al concluir su encargo, alejó á Caton del consulado é hizo elegir á Marcelo (51). Este, segun las instigaciones de Pompeyo, queria retirar á César su gobierno de las Gálias y hacerle volver á entrar en Roma sin armas y sin dignidad. Caton se proponia ya atacar al vencedor de las Gálias. Pero el tribuno Curion, á quien César habia comprado con buen dinero contante, se levantó contra el cónsul y pidió que Pompeyo abdicase al mismo tiempo que César. El senado reconoció en la demanda del tribuno el voto del pueblo, é hizo una alianza con Pompeyo. Habiendo intentado Marcelo hacer declarar á César rebelde á las órdenes del senado: *Puesto que no puedo, dijo, reunir el consejo supremo y consultarle acerca de los peligros del Estado, yo solo pondré en ello remedio*. Y al momento entregó la espada del mando á Pompeyo, y le ordenó que defendiese la república.

Fuerzas de César. El enemigo que tenia que combatir era terrible. César, durante su proconsulado, habia tomado mas de ochocientas ciudades, sometido mas de trescientas naciones y combatido en diferentes épocas contra mas de tres millones de hombres, de los cuales una tercera parte habia perecido en batalla campal y otra vendida como esclavos. Por espacio de diez años sus liberalidades habian enriquecido á todos los ciudadanos, y se habian extendido hasta los esclavos y libertos. Los acusados, los hombres perdidos por deudas, los jóvenes, todos encontraron en él un refugio y un

(1) Milon eligió por su defensor á Ciceron; pero este, que habia atacado abiertamente á Catilina en pleno senado, no se atrevió á hablar delante de Pompeyo. El acusado se desterró á Marsella. Cuando recibió el discurso que compuso Ciceron en el silencio de su gabinete para su defensa: *Si hubiese hablado, dijo el epicureo, como sabe escribir, yo no comería tan buen pescado en Marsella*.

apoyo. El pueblo recordaba con entusiasmo los juegos y los festines que le había prodigado. Alababan sus hazañas prodigiosas que habían arrancado á Ciceron este grito de admiracion : *¿Qué ha hecho Mario en comparacion de César?* Este hombre, á quien el pueblo adoraba, era dueño de un ejército al que había conquistado por medio de sus beneficios. Veía á los reyes y á las provincias volverse hácia él como hácia su libertador. Su conducta pasada, por lo demas, le había merecido su confianza y estima. Al mismo tiempo que sometía á los Galos, adornó con magníficos monumentos, no solo Roma, las Gálias, Italia y España, sino tambien las ciudades mas poderosas de la Grecia y del Asia. Su genio cosmopolita le había hecho ya el hombre de la humanidad.

A pesar de todas las esperanzas que le inspiraban tantas bellas acciones y tantas hazañas gloriosas, ofreció la paz al senado y á la faccion de Pompeyo. Se comprometía á licenciar ocho legiones, á dejar la Gália transalpina, y solamente pedia dos legiones con la provincia inmediata á los Alpes, y aun se hubiera contentado con la Iliria y una sola legion. No habiendo el senado tomado en consideracion sus cartas, pasó los Alpes y marchó derecho á Roma. Dícese que habiendo llegado al Rubicon, en los confines de su provincia, se detuvo y reflexionó algun tiempo sobre el atrevimiento de su empresa. En fin exclamó : *Está tirado el quante*, y saltó en el rio, tocando el clarin con todas sus fuerzas. Este era el anuncio de la guerra civil.

§ IV. Guerra civil (49-48).

César se hace dueño de la Italia. Durante las discusiones que se habían levantado entre el senado y César, Pompeyo permaneció en la inaccion. Cuando se le preguntaba cuáles eran sus recursos contra el dueño de las Gálias : *No os inquieteis*, respondia, *me basta dar con el pié en tierra para hacer salir legiones de ella.* — *Da pues*, le dijo Faronio cuando supo que César había pasado el Rubicon. Los hechos desvanecie-

ron mucho las esperanzas de Pompeyo. A la vista de los soldados de César toda la Italia huyó. Las ciudades parecían haberse arrancado de sus cimientos para trasportarse de un lugar á otro ; Roma fue inundada por un diluvio de pueblos que venían á refugiarse á ella. En medio de esta violenta tempestad solo se apercibían en todas partes pasiones contrarias y movimientos convulsivos que amenazaban á la capital del mundo con una terrible catástrofe. Pompeyo huyó con todos los senadores, y dejó á la república fluctuar á la aventura, como un navío sin piloto. Los cónsules y todos los nobles se retiraron con él á Brindes, y de allí pasaron á Dyrrachium (*Durazzo*) en Iliria.

César hubiera deseado perseguir á su rival, pero no tenia marina. Volvió pues á Roma, despues de haberse hecho dueño de toda la Italia en sesenta días, sin derramar una gota de sangre. Los senadores que volvieron á entrar en la ciudad le encontraron lleno de dulzura y clemencia. Su moderacion le ganó una multitud de partidarios. Como necesitaba dinero, se hizo abrir el tesoro público. El tribuno Metelo se opuso á ello, alegando la autoridad de las leyes. *El tiempo de las armas*, dijo César, *no es el tiempo de las leyes*, y tomó todas las cantidades que le eran necesarias.

Guerra de España. Pompeyo tenía con él en Iliria grandes nombres y títulos frívolos, pero no soldados, ni generales. La fuerza real de su partido estaba en España, en donde había dejado el mando á sus tenientes Afranio, Petreyo y Varron. *Voy á combatir*, dijo César al marchar contra ellos, *un ejército sin general, y volveré á combatir un general sin ejército.* En dos palabras, era resumir toda la guerra.

En España le costó mucho vencer aquellas antiguas cohortes. Por de pronto su ejército, encerrado entre dos rios, el Segre y el Cinca, experimentó todos los horrores del hambre. Durante este tiempo todos sus tenientes eran batidos en Africa, en el Adriático y en Iliria. Sabia que estos reveses habían puesto un término á la irresolucion de una multitud de personajes ilustres que, á ejemplo de Ciceron, pasaban á Dyrrachium, en el campo de Pompeyo, para saludar

allí al dueño del mundo. Su genio evitó todas estas dificultades. Pasó el Segre, batió á los tenientes de Pompeyo, y usó de tanta dulzura para con los vencidos, que la España pacificada le juró en su admiracion obediencia y homenaje.

Al pasar por las Gálias, sometió á Marsella que habia abrazado el partido de su rival, y se la aficionó igualmente por sus beneficios. Baja los muros de esta ciudad supo que el senado le habia nombrado dictador. Se apresuró á entrar en Roma, para restablecer allí el orden, volver á llamar á los desterrados, abolir la ley de Sila contra los hijos de los proscritos, aliviar á los habitantes de una parte de sus deudas, y distribuir al pueblo una gran cantidad de trigo. Despues de haber hecho bendecir así su poder dictatorial, abdicó y se contentó con el título de cónsul.

Guerra contra Pompeyo. Volvió al momento á comenzar la guerra contra Pompeyo. Allí le esperaban grandes peligros. Su rival habia cubierto el mar con sus buques, la tierra con sus legiones, y se encontraba con provisiones y riquezas inagotables. César, poco acostumbrado á calcular el número de sus enemigos, atraviesa el mar Jónico y desembarca en Apolonia con seiscientos caballos escogidos y cinco legiones solamente. Contaba con que el resto de su ejército llegaría muy pronto á Brindes, y no tardaría en unirse á él. Fastidiado de esperar, toma la resolución de embarcarse solo, sin saberlo nadie, sobre un simple barco, y de venir él mismo á Brindes para buscar sus tropas. El piloto, asaltado por una terrible tempestad, ordena á sus marineros vuelvan hácia atrás. Entonces César se da á conocer y exclama: *¿Qué temes? conduces á César. Quid times? Cæsarem vehis.* Los marineros, enardecidos por estas sublimes palabras y por el heroísmo de César, hicieron nuevos esfuerzos para sobrepujar la violencia de las olas, pero inútilmente; César se vió obligado á entrar de nuevo en su campo á pesar suyo.

En fin, Antonio le llevó de Brindes las legiones. César, lleno de confianza, fué á buscar á Pompeyo á Dyrrachium, y se esforzó en encerrarle en su campo. Era una temeridad el cercar de este modo un ejército mas numeroso que el suyo y

dueño del mar. Así es que la abundancia reinaba en el campo de Pompeyo, mientras que el ejército de César careció en breve de las cosas mas necesarias. Sus soldados estaban reducidos á hacer pan con cierta raiz que machacaban y remojaban en leche. Arrojaron de estos panes en las trincheras de los enemigos, diciéndoles: *Hé ahí el alimento que basta á los soldados de César.* Pompeyo prohibió mostrar estos panes y referir aquellas palabras, temiendo que los soldados se asustasen de una insensibilidad tan feroz.

César fue vencido á pesar de la decision de sus legiones. Pompeyo le atacó é hizo huir á todo su ejército. Si por un exceso de prudencia no hubiese impedido perseguir á los fugitivos, era dueño del mundo. *La victoria estaba asegurada hoy á los enemigos,* dijo César á sus amigos, *si hubiesen sabido vencer.* El vencedor de los Galos estaba enteramente confundido por esta desgracia. Se echaba en cara haber ido á Iliria mas bien que entrar en la Macedonia y en la Tesalia en donde no le hubieran faltado los víveres. Para reparar este contratiempo, resolvió penetrar en aquellas bellas comarcas, y atacar á Scipion, suegro de Pompeyo.

Batalla de Farsalia (9 de agosto 48). Segun lo esperaba, los vencedores le siguieron allí. Pompeyo era de opinion que no se aventurase una nueva batalla, y que se dejase consumirse á César que no tenia dinero ni víveres. Pero todos los caballeros, senadores y personajes consulares que le rodeaban violentaron su prudencia. Le llamaban el Agamemnon, el rey de los reyes, y suponian malignamente que difería el combate para conservar mas tiempo el poder monárquico. *Amigos míos,* decia Favonio, *no comereis este año higos de Túsculo.* Pompeyo, excitado por todas estas burlas, ofreció la batalla á César en los llanos de Farsalia. César, lleno de alegría, dirigió su oracion á los dioses, ordenó las tropas y dijo á los batallones por toda arenga: *Herid en la cara.* La voluptuosa juventud de Roma no se atrevió á mirar de frente á estos fieros asesinos, y prefirió huir que dejarse desfigurar.

Cuando Pompeyo vió á su caballería en desorden, se retiró á su tienda de campaña sin decir una palabra, y se sentó es-

túpidamente en ella esperando el resultado del combate, como si hubiese perdido la razón. Habiendo sido también destruida su infantería, los Cesáreos se arrojaron sobre sus trincheras. ¡Y qué! exclamó entonces, *hasta en mi campo*. No tuvo más que el tiempo necesario para disfrazarse y huir. Al instante se oyó la voz de César que gritaba á sus soldados: *Perdonad, perdonad á los vencidos*. Recorrió el campo de batalla, y al ver los muertos de que estaba cubierta la tierra, dió un profundo suspiro. ¡Ay de mí! dijo, *ellos lo han querido. Si hubiese licenciado mi ejército, hubiera sido condenado*.

Muerte de Pompeyo (48). Pompeyo dió á la vela para Lesbos, é hizo venir de Mitilena su mujer Cornelia, sus criados y sus efectos más preciosos. Después de haber preguntado á sus amigos á qué tierra había de abordar, se decidió por el Egipto, y fué á ponerse bajo la protección de Ptolomeo Dionisios, de quien había sido tutor. Pothin, criado del monarca, que se había apoderado de la regencia, temió la presencia de Pompeyo y resolvió su muerte. Fingió pues ofrecerle la hospitalidad. Pero apenas el ilustre Romano descendió á la barca que había de conducirlo á la orilla, sucumbió á los golpes de sus asesinos. Presentaron su cabeza á César cuando llegó á Egipto. El grande hombre quitó los ojos de este horroroso espectáculo, y derramó lágrimas por la suerte de su rival.

§ V. Dictadura y muerte de César.

Guerra de Alejandria (48-47). César llegó á Egipto poco después de la muerte de Pompeyo con treinta y cinco navíos y cuatro mil hombres. Los viles ministros de Ptolomeo Dionisios se afligieron al ver que César reconcilió al monarca con su hermana Cleopatra. Creyeron que esta reconciliación pondría fin á su reinado, y excitaron la rebelión entre todo el pueblo de Alejandría. César corrió los mayores peligros en medio de este tumulto. Se fortificó en uno de los barrios de la ciudad, y quemó su flota para que no cayese en poder de los Alejandrinos. El incendio pasó al arsenal y destruyó la mag-

nífica biblioteca de los Ptolomeos. Después de haber hecho prodigiosos esfuerzos, la fortuna le fue fiel todavía. Derrotó á los rebeldes, apaciguó el pueblo, y dividió el trono entre Cleopatra y Ptolomeo Neoteris. Los vientos etesios le retuvieron cautivo durante muchos meses por los encantos de esta princesa; pero así que pudo embarcarse volvió á tomar con toda su actividad el curso de sus hazañas.

Derrota de Farnaco. Volviendo á pasar á Asia, atacó á Farnaco, rey del Bósforo Cimerio. Este príncipe se había apoderado de la Cólchida y de muchas plazas fuertes en la Armenia, la Capadocia, el Ponto y la Bitinia. Se había aprovechado de las guerras civiles para volver á tomar las posesiones de Mitridates, su padre. César obligó á Dejotaro á que le cediese una legión ejercitada á la romana, y se arrojó sobre Farnaco con tanto ímpetu, que dió cuenta á Roma de su expedición por estas tres palabras: *Veni, vidi, vici*. Vine, vi, vencí.

Regreso de César á Roma. César debía una gran parte de sus sucesos á la moderación y dulzura que manifestó para con el pueblo y las provincias. Este espíritu de justicia y de equidad fue la causa de que la Cisalpina y la Iliria se declarasen á su favor; sus amigos le habían ganado por lo mismo el Epiro, la Etolia, la Tesalia y la Macedonia. Después de la batalla de Farsalia, el Asia y la Siria, que habían abrazado el partido de Pompeyo, le saludaron como su libertador. Cuando se supo en Roma que había perdonado á Q. Ciceron, á Metelo, al rey Dejotaro, y á todos los que imploraron su clemencia, aplaudieron á su triunfo y á su gloria. Concluyó por ganar á la multitud dándole festines espléndidos y magníficos espectáculos. Al mismo tiempo que hacía á cada uno mil concesiones, sabía conservar su autoridad. Habiéndose mostrado exigentes sus soldados, porque se creían necesarios: *Ciudadanos*, les dijo, *teneis bastantes fatigas y heridas, os relevo de vuestros juramentos; se os pagará lo que se os debe*. Esta palabra de *ciudadanos* les humilló, y rogaron á César les condujese con él á Africa.

Guerra de Africa (46). Caton se había retirado allí con los

batallones que habian escapado al desastre de Farsalia. Se habia juntado en Mauritania con el ejército de Scipion, suegro de Pompeyo. Habiendo anunciado un oraculo á los Scipiones una continuacion no interrumpida de victorias en Africa, Caton hizo dar el suegro de Pompeyo el mando en gefe de todo el ejército. Juba, rey de Mauritania, y todos los Numidas se unieron á los Pompeyanos. César, para que tambien el oráculo le fuese favorable, tomó en su campo un hombre oscuro y despreciado que se llamaba Scipion, y le puso á la cabeza de su ejército, como si hubiera sido el general de él. Su genio le sirvió mejor que este ridículo expediente. Derrotó á los enemigos en Tapsus, y obligó á Caton á encerrarse en Utica. El estóico iba á caer en manos del que él llamaba un tirano. Estaba seguro de que César le perdonaria la vida, pero nada quiso pedirle. *Perdonar la vida, dijo, supone el derecho de quitarla, lo que es un acto de tirania, y yo nada quiero de un tirano.* Leyó el *Fedon* de Platon, pidió su espada, y se mató de desesperacion. Su muerte, como lo ha dicho el César de los tiempos modernos, fue la debilidad de un alma grande, el error de un estóico, una mancha en su vida.

Triunfos y gloria de César (46). César, vuelto á entrar en Roma, triunfó cuatro veces en un mes. El primer dia triunfó de los Galos, el segundo de los Egipcios, el tercero de Farnaco, el cuarto del Africa y de Juba. Cuando triunfó de los Galos, hizo ostentacion de los nombres de las ochocientas ciudades y de los trescientos pueblos que habia subyugado. Habiéndose roto su carro cerca del Aventino, subió al Capitolio con la luz de las hachas que llevaban cuarenta elefantes colocados á cada lado del camino. Dió veinte y cuatro mil ses tercios á cada uno de los veteranos, hizo poner para el pueblo veinte mil mesas ocupadas con los manjares mas raros y los vinos mas exquisitos, dió un espectáculo de dos mil gladiadores, é hizo fingir en el anfiteatro combates de tierra y de mar, para indemnizar á los que no habian asistido á sus grandes batallas. Luego que se concluyeron todas estas fiestas, salió para España, donde los hijos de Pompeyo y los republicanos habian formado un poderoso ejército.

Guerra de España (46-45). Estos últimos Romanos pensaron echar abajo á César. La batalla se habia empeñado en Munda, cerca de Córdoba. Los veteranos de César, fatigados y extenuados por todas las expediciones que habian hecho ya, respondieron muellemente al ataque. El dueño del mundo estuvo á punto de matarse de desesperacion. Pero de repente, animándose, se arrojó él mismo en lo mas fuerte del combate, preguntando con grandes gritos á sus soldados si no tenian vergüenza de entregarle así á unos niños. Esta palabra picó su generosidad, y al momento la fortuna cambió de aspecto: treinta mil Pompeyanos quedaron en el campo de batalla.

Esta fue la última guerra de César. Su regreso á Roma fue triste y sombrío; viéndole triunfar de los Pompeyanos, se sentia que triunfaba de las desgracias de su patria. Sin embargo, dice Plutarco, los Romanos cedian al ascendiente de su fortuna, y se sometian al freno sin resistencia. Persuadidos de que no podrian resarcirse de todos los males causados por las guerras civiles sino bajo la autoridad de un solo hombre, le nombraron dictador perpetuo. La adulacion le erigió una estatua en el templo de Quirino con esta inscripcion: *¡ Al dios invencible!* El nuevo dios tuvo sus sacerdotes, los *julios*, y consagró un templo á la libertad.

En los últimos triunfos el circo no habia podido contener toda la multitud que se apresuraba en los juegos. Los extranjeros no pudieron comprender lo que se decia por ignorar la lengua latina. César distribuyó esta vez las fiestas en todos los barrios de la ciudad. Cada nacion tuvo su teatro y actores, y cada una de ellas tuvo un placer en honrar en su lengua y á su modo al soberbio vencedor. Roma no era ya solamente la primera ciudad del Lacio y de la Italia, habia llegado á ser la capital del mundo, y César lo comprendió.

Reformas y leyes de César. Su genio cosmopolita se elevó sobre todas las rivalidades y partidos, y le hizo el protector de todos los débiles y oprimidos. En lugar de renovar los horrores de Mario y de Sila, se mostró indulgente en favor de todos sus enemigos y afable para con los suyos. El que en otro tiempo habia honrado las hazañas del vencedor de las

Gálias, levantó de nuevo las estatuas de Sila y volvió á colocar las de Pompeyo sobre la tribuna de las arengas. Recompensó generosamente á sus soldados dándoles dinero y tierras, pero cuidó de diseminarlos por toda la Italia, para que no tuviesen nunca deseo de rebelarse como en otro tiempo los soldados de Sila. Dió el derecho de ciudadanía á una legion de Galos, gratificó con el derecho de latinidad ó itálico á una multitud de individuos, ciudades y pueblos segun sus méritos, emprendió reunir todas las leyes de la república en un solo código, reformó el orden judicial en las provincias, purgó el senado echando de él á todos los que se habian deshonrado por sus bajezas, é introdujo en él algunos extranjeros, Galos y Españoles. Los Romanos se burlaron de los Galos, que dejaban las bragas para ponerse la laticlavía. Leíase en Roma en todas las paredes este aviso: Se ruega al público que no indique á los senadores el camino del senado. César se reía mas que todos los demas de estas chanzas, y para divertirse recogía en sus libros de memoria todas las agudezas que producía el buen humor de los Romanos. El mundo, dirigido por su impulso, tambien proseguía su marcha hácia la unidad. Cartago y Capua habian sido reedificadas; las naciones conquistadas volvian á tomar vida y esperanza.

Su genio revolvia otros muchos pensamientos. Quería subyugar á los Parthos, atravesar la Hircania, pasear sus legiones por el mar Caspio hasta el pié del Cáucaso, arrojarle sobre la Escitia y la Germania, y venir á descansar en Italia, despues de haber dado el Océano como límites por todas partes del imperio. Ya iba á dar órdenes para cortar el istmo de Corinto, hacer un canal que condujese el Tíber al mar cerca de Terracina, secar las lagunas Pontinas para hacer una campiña fértil de los terrenos que ocupan, limpiar la rada de Ostia y aumentar su puerto. Tambien queria formar una biblioteca pública, griega y latina, tan numerosa como fuese posible, elevar á Marte el templo mas vasto del mundo, y edificar un teatro inmenso al pié del monte Tarpeyo. Pero todos estos pensamientos eran un sueño del genio. Sus asesinos le sorprendieron meditando estos proyectos gigantescos.

Muerte de César (44). César, colmado de toda clase de honores y dignidades, tenia todo el poder de un rey. Hizo mal en ambicionar el título de tal. Un dia en que Antonio le presentaba una diadema en la fiesta de las Lupercales, no la rehusó sino muellemente. Muchas veces se le oyó decir que la república no era mas que una sombra, y de esto se dedujo que queria avasallar la libertad. Casio formó pues un complot contra el que consideraba como un tirano, y en él compremetió á Bruto. Este habia sido colmado de tantos beneficios por César, que estaba como encadenado por el reconocimiento. Pero las exhortaciones de los conjurados le alucinaron y le hicieron impresion como una especie de vértigo. Habia leído á los piés de la estatua del antiguo Bruto estas palabras tan célebres: *¡ Duermes, Bruto! ¡ Ah! ¡ si vivieses aun, ó si tu alma respirase en uno de tus descendientes!* Él se creyó tambien llamado á libertar su patria, y desde entonces se puso á la cabeza de la conjuracion. Fue en los idus de marzo (44) quando resolvieron consumir esta maldad. El dictador habia sido advertido de este complot, pero no quiso creerlo. Se fué al senado, y él mismo se entregó á sus asesinos. Cuando se vió atacado, se defendió hasta que vió al mismo Bruto avanzarse para herirle. Entonces las fuerzas le abandonaron, y envolviéndose la cabeza en su capote, exclamó: *¡ Y tú tambien, Bruto!* Murió traspasado de veinte y tres heridas.